



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie. Año II 2015 Núm. 4

ÍNDICE

	Pág.
José Ramón López de la Osa González: Presentación	213
Vicente Botella Cubells: El Vaticano II como reto permanente	215
Martín Gelabert Ballester: De la fe como encuentro a la fe como problema	235
José Francisco Castelló Colomer: ¿Los poderes públicos respetan el libre ejercicio del <i>munus docendi</i> de la Iglesia?	253
Andrés Valencia Pérez: Una Iglesia comprometida con el diálogo. <i>Nostra Aetate</i>, 50 años	267
Alfonso Esponera Cerdán: Pasaron ya cincuenta años del Vaticano II	283
Fernando Chica Arellano: Ecología y cristianismo. Esbozo de algunas reflexiones de estos 50 años a la luz del magisterio del papa Francisco	305
Juan Miguel Díaz Rodelas: Leer la Escritura: De la <i>Dei Verbum</i> a la <i>Verbum Domini</i>	329
Memoria Académica del Curso 2014-2015	357
Recensiones	385
Publicaciones recibidas	411
Índice del Volumen II (2015)	413

ESCRITOS
DEL VEDAT

PASARON YA CINCUENTA AÑOS DEL VATICANO II

*Alfonso Esponera Cerdán, O.P.**

RESUMEN

Se presentan algunos aspectos de los cincuenta años transcurridos desde la finalización del Concilio Vaticano II, sobre todo en relación con la tarea primordial de la Iglesia que es la Evangelización en cuanto a la reflexión doctrinal sobre ella. Brindando también algunas perspectivas al respecto de cara al futuro.

PALABRAS CLAVE

Concilio Vaticano II, Evangelización.

ABSTRACT

The author present some aspects concerning the doctrinal reflection on Evangelization during the last fifty years, from the end of the Vatican II, especially in relation to the primary task of the Church which is the Evangelization in terms of doctrinal reflection on it. Offering some prospective toward the future.

KEY WORDS

Second Vatican Council, Evangelism.

* Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia (España).

El papa Francisco en la *Misericordiae Vultus* (11-IV-2015) señalaba que el día 8 de diciembre de 2015 tenía un gran significado en la Historia reciente de la Iglesia, pues era el quincuagésimo aniversario de la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II, añadiendo que “la Iglesia siente la necesidad de mantener vivo este evento. Para ella iniciaba un nuevo periodo de su Historia” (n. 4). Pero ¿es que acaso es un Concilio olvidado?¹

Por otra parte, ¿no hay peligro de que este quincuagésimo aniversario represente una ocasión pintiparada para reflexiones de celebración nostálgicamente vueltas hacia el pasado, o para quejas y lamentaciones sobre las ocasiones perdidas, las destituciones, las traiciones al Vaticano II? ¿El recuerdo de aquel acontecimiento, de sus resoluciones y de su mismo haber, puede tener aún algo que decir para el presente y el futuro de la Iglesia? Algunos han caído en la tentación de negar su alcance y ante diversos reduccionismos como por ejemplo el de quienes, evitando rechazar explícitamente a los tradicionalistas, diluyen el Concilio en una normalidad posttridentina, privando así de su fuerza a sus afirmaciones, en nombre de un carácter “menor”, por pastoral, del Vaticano II.²

En esta colaboración voy a presentar algunos aspectos de los cincuenta años transcurridos, sobre todo en relación con la tarea primordial de la Iglesia que es la Evangelización en cuanto a la reflexión doctrinal sobre ella, animándome a dar también algunas perspectivas al respecto de cara al futuro. Todo ello presuponiendo siempre los fundamentales cambios operados a lo largo de estos años en la sociedad y en el clima eclesial general, a los cuales no me podré referir por no alargarme.

1. LOS PRIMEROS AÑOS

Hoy no es nada original señalar que el Concilio presentó una serie de déficits que lastraron sus elementos positivos³ y los ensombrecieron.

¹ Esta misma pregunta –¿está olvidado el Concilio Vaticano II?– se la formulaba en 2005 Hans Küng, “El Concilio olvidado”, *Concilium* 312 (2005) 567-578, que es una de las colaboraciones publicadas en ese monográfico titulado *El Vaticano II: ¿un futuro olvidado?*

² En mis clases de Historia de la Iglesia me doy cuenta de que cuando hablo del Concilio Vaticano II (1962-1965), que queda ya cinco décadas atrás, la mayoría de mis alumnos si lo conocen, sólo es de oídas. Afortunadamente hay ya excelentes Historias de dicho Concilio, como por ejemplo la de ALBERIGO, G. (ed.), *Historia del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1999-2008, 5 vol., con los reparos que se le pueden hacer. Ello me dispensa de la tarea de relatar lo ocurrido.

³ Entre ellos se han destacado: la nueva conciencia eclesial; el ser un concilio de la Iglesia sobre la Iglesia, que proclamó que ella no es el centro de la fe, sino Cristo, y que ella está en camino,

El mismo Pablo VI,⁴ deseoso de evitar divisiones en la Iglesia, mandó introducir una *Nota explicativa previa* al final de la *Lumen Gentium* por miedo a que la Colegialidad restara poder al Papado proclamado en el Vaticano I y quedase bien clara la función primacial del Papa en el Colegio Episcopal.

El Concilio no llegó a concretar algunos de los grandes temas abordados, dejando sin mediaciones prácticas los enunciados generales. Muchas veces se formularon solamente principios teóricos, minusvalorándose la dificultad de llevar a cabo las reformas propuestas. Faltó la institucionalización de sus documentos. No se concretaron temas tales como: la elección de los Obispos y del Papa, el valor de las Conferencias Episcopales y la autoridad de los Sínodos Romanos, la relación de los laicos con los ministros ordenados y su poder en la Iglesia. Tampoco logró que las misiones constituyesen una auténtica preocupación y vocación.

Pero además, no trató y guardó silencio sobre temas ya entonces candentes: el celibato sacerdotal, la disminución de ministros ordenados, la ordenación de hombres casados, el papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia, la sexualidad y el control de la natalidad, la disciplina del matrimonio, el estatuto eclesiológico de los Obispos Auxiliares, de los Nuncios y de los cardenales, la función de la Curia Romana, la relación entre leyes civiles y morales... A ellos hay que añadir: el diálogo cristianismo-marxismo; los nuevos ministerios eclesiales laicales y su inserción en la Iglesia local; los movimientos de liberación; la inculturación, la ecología, medio ambiente y respeto a la naturaleza, etc.

Por otra parte, el Vaticano II no logró realizar el sueño profético de Juan XXIII de que la Iglesia fuese realmente la *Iglesia de los pobres*.

es peregrina; la voluntad de reconciliación con otras Iglesias cristianas y de apertura a otras Religiones; la renovación litúrgica; la convicción de que, en el mundo de la experiencia religiosa y en la práctica eclesial, existen temas trascendentales, otros importantes y muchos prescindibles en función de las circunstancias; las Asambleas Plenarias del Episcopado latinoamericano de Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007).

⁴ Si bien el Papa de cada etapa eclesial no es el único factor que marca las grandes líneas del momento, no debe desdeñarse su influencia así como tampoco debe olvidarse su trayectoria vital y concretamente en este trabajo las vinculaciones con el Vaticano II. Giovanni Battista Montini nació en 1897, arzobispo de Milán desde 1954 y cardenal desde 1958, fue elegido Papa el 21 de junio de 1963. Al momento de la muerte del papa Juan XXIII, apenas había transcurrido la primera de las etapas conciliares, sin haberse promulgado ningún documento. Decidió continuar el Concilio Vaticano II, enfatizando sus propósitos básicos y guiándolo a través de las tres etapas siguientes. Abrió la segunda sesión el 29 de septiembre de 1963, como también las siguientes sesiones, y tuvo a su cargo el inicio de la aplicación de sus decretos a partir del 8 de diciembre de 1965. Estando marcado por tanto su pontificado por la aplicación y recepción del Concilio en la Iglesia católica. Murió el 6 de agosto de 1978.

Fuera de alguna breve alusión al tema en *Lumen Gentium* (n. 8) y *Gaudium et Spes* (n. 1), el Concilio, elaborado sobre todo por Obispos y teólogos centroeuropeos y del norte, fue escasamente sensible a este tema.

Muchos de estos temas se convertirán en el postconcilio, sobre todo en tiempos de Pablo VI, en cuestiones no sólo candentes sino conflictivas. Sin olvidar que la Curia Romana, liderada por el cardenal Alfredo Ottaviani († 1979), siempre miró con prevención el Concilio, pues sin duda temía perder poder con su aplicación práctica, siendo un elemento de freno en el postconcilio, interponiéndose muchas veces entre el Papa y los Obispos de todo el mundo, haciendo una lectura literal y minimalista del Vaticano II, es decir reinterpretándolo desde la Iglesia de Cristiandad, desde Trento y el Vaticano I.

Pablo VI en una carta que dirigió en setiembre de 1966 con motivo de la celebración del Congreso Internacional de Teología del Concilio Vaticano II, señalaba:

“con la promulgación de los decretos no queda completamente terminada la tarea del Concilio Ecuménico [Vaticano II], ya que tales decretos, como enseña la historia de los Concilios, más que una meta son una salida hacia nuevas metas. También es necesario que el espíritu y el soplo renovador del Concilio penetren en lo profundo de la vida de la Iglesia; es preciso que los gérmenes vitales, sembrados por el Concilio en la tierra de la Iglesia, consigan una plena maduración; pero esto no se podrá conseguir si antes el riquísimo patrimonio doctrinal, entregado por el Concilio a toda la Iglesia, no es debidamente investigado, conocido y poseído”.⁵

Pero tampoco hay que olvidar que el Concilio no fue una máquina productora de documentos, sino una honda experiencia espiritual, no sólo para los participantes, sino para toda la Iglesia y para toda la Cristianidad. Experiencia que consistió básicamente en el *aggiornamento* de la Iglesia, entendido éste no sólo como una acomodación a los tiempos, sino también como su renovación y reforma.⁶

⁵ PABLO VI, “Carta al Card. Pizzardo”, *Ecclesia* 26 (1966) 2301.

⁶ Cfr. JEDIN, H., “El Concilio Vaticano II”, en *Manual de Historia de la Iglesia*, X, Barcelona 1987, 167, n. 2. Y.-M. Congar en una conferencia que pronunció en Valencia el 11 de marzo de 1966 decía: “Los teólogos, los sociólogos, los exégetas, los psicólogos, los pastores de almas, no han estado inactivos en la Iglesia. Y durante cuarenta años se han realizado muchos trabajos, que con frecuencia no han sido conocidos de los fieles. Todos estos trabajos han venido a desembocar, a su nivel supremo en el Concilio, en el que la Iglesia, por medio de la voz solemne de los Obispos y del Papa, han adoptado en conjunto conclusiones de los trabajos que se han venido realizando en estos últimos años”. Al respecto de esos años previos, AUBERT, R., “El medio siglo que preparó el Vaticano II”, en *Nueva Historia de la Iglesia*, V, Madrid 1977, 505-566.

A lo largo de aquellos primeros años fue viéndose cada vez más –por ejemplo en España– el Vaticano II por unos como mera meta de llegada y por otros como de salida; cuando lo que quiso ser fue las dos cosas. Punto de llegada en cuanto legitimó la renovación de la Iglesia, iniciada en algunos aspectos años antes. Punto de partida en cuanto generaban una nueva vitalidad eclesial al ser recibidos de una manera creativa y no meramente reiterativa y material de su letra, que abría nuevos avances. Y así fueron apareciendo difíciles momentos de tensión y enfrentamiento por estas visiones encontradas.

2. LA *EVANGELII NUNTIANDI* DE PABLO VI (1975)

Este Papa en la introducción de esta Exhortación Apostólica sobre la Evangelización del mundo contemporáneo (8-XII-1975),⁷ señalaba que con ella quería conmemorar tres acontecimientos: la clausura del Año Santo, cumplir una petición formulada por la IIIª Asamblea General del Sínodo de los Obispos celebrada un año antes y celebrar el “décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, cuyos objetivos se resumen, en definitiva, en uno solo: hacer a la Iglesia del siglo XX más apta todavía para anunciar el Evangelio a la humanidad de este siglo” (n. 2).

Un poco más adelante añadía que la “fidelidad a un mensaje del que somos servidores, y a las personas a las que hemos de transmitirlo intacto y vivo, es el eje central de la Evangelización. Esta plantea tres preguntas acuciantes, que el Sínodo de 1974 ha tenido constantemente presentes: - ¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre? - ¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy? - ¿Con qué métodos hay que proclamar el Evangelio para que su poder sea eficaz? Estas preguntas desarrollan, en el fondo, la cuestión fundamental que la Iglesia se propone hoy día y que podría enunciarse así: “después del Concilio y gracias al Concilio, que ha constituido para ella una hora de Dios en este ciclo de la historia, la Iglesia ¿es más o menos apta para anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia?” (n. 4). Respondiendo que “todos vemos la necesidad urgente

⁷ La citaré según la versión de la edición de PPC, Madrid 1981⁸.

de dar a tal pregunta una respuesta leal, humilde, valiente, y de obrar en consecuencia” (n. 5).

Y su respuesta es este bastante olvidado pero importantísimo documento en el que el Concilio es citado en numerosas ocasiones, en el que se señala la importancia del documento sobre la actividad misionera de la Iglesia así como el relativo a la Iglesia; todo ello clara expresión no sólo del enfoque de esta temática sino además de la orientación teológica que reinaba en el ámbito del que surgió.

Se trata de evangelizar –no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces– la cultura y las culturas del hombre (cfr. n. 20). Este es otro tema que va a ir cobrando gran importancia posteriormente bajo la expresión “inculturación” e “inserción”.⁸

La Evangelización consiste en la proclamación de la Buena Nueva en primer lugar mediante el testimonio sencillo y espontáneo (cfr. n. 21), acompañado después por el necesario anuncio explícito (cfr. n. 22), que posibiliten la adhesión vital-personal a ella (cfr. n. 23), expresada concretamente por medio de la entrada visible en la comunidad eclesial manifestada en la acogida de los sacramentos (cfr. n. 23) así como por el compromiso evangelizador (cfr. n. 24). Todos estos elementos variados que configuran el “paso complejo” de la Evangelización, son complementarios y mutuamente enriquecedores; hay que ver siempre cada uno de ellos integrado con los otros (cfr. n. 24).

También habla de la “liberación evangélica”, de interés por lo que ocurriría posteriormente con las Instrucciones *Libertatis nuntius* (6-VIII-1984) y *Libertatis conscientia* (22-III-1986). Parte de la afirmación según la cual

“la Evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpe-lación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre. Precisamente por esto la Evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, [...] un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación” (n. 29).

⁸ Cfr. STANDAERT, N., “L'histoire d'un néologisme. Le terme 'inculturation' dans les documents romains”, *Nouvelle Revue Théologique* 110 (1988) 555-570. Algunos autores la plantearon con motivo del anunciado *Catecismo universal*, cf. por ejemplo los trabajos publicados en *Concilium* 224 (1989) 91-134.

Y en los números siguientes la va desarrollando (cfr. n. 30-38).

En cuanto a los “agentes de la Evangelización” se fundamenta por una parte en la afirmación conciliar de que la Iglesia entera es misionera, y por otra en que evangelizar debe ser siempre un acto eclesial. Y entre otras cosas va recordando que ello implica diversas tareas, “diversidad de servicios en la unidad de la misma misión [que] constituye la riqueza y la belleza de la Evangelización” (n. 66). Y quiero mencionar dos de ellos de especial significación por lo menos en América Latina. Uno son los religiosos,⁹ pues “se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia vida. Sí, en verdad la Iglesia les debe muchísimo” (n. 69). Y el otro son los seglares, a los cuales dedica cuatro números (cfr. n. 70-73).

3. ALGUNOS OTROS PRONUNCIAMIENTOS POSTERIORES

Juan Pablo II¹⁰ en su alocución a la Comisión Teológica Internacional, pronunciada el 5 de diciembre de 1983, afirmó que

“la historia de la Iglesia nos enseña lo siguiente: que la acción doctrinal, pastoral y renovadora de cada uno de los Concilios necesitan un espacio de veinte a treinta años. Al principio, la novedad impide a algunos ser discípulos fieles y convencidos. Por otro lado, hay reformadores extremistas que se sienten decepcionados y pretenden presentar sus propias opiniones doctrinales y pastorales con más ahínco que la doctrina auténtica promulgada por el Supremo Pastor y por los obispos en comunión con él. Sólo en una segunda etapa la doctrina conciliar, tal como es, se convierte en materia de estudios sistemático y se traduce en estímulo e invitación para la teología pastoral, la vida eclesial y la auténtica renovación”.¹¹

⁹ Les había dirigido su Exhortación apostólica *Evangelica testificatio* (29-VI-1971), cfr. *Ecclesia* 31 (1971) 889-889. En su intención pretendía ser faro luminoso en un momento de la Iglesia en que la Vida Religiosa aparecía amenazada por nubes de confusión y sombras de muerte, y para ello reafirmaba teológicamente su sentido y valor desde los postulados de la *Lumen gentium* y de la *Perfectae caritatis*.

¹⁰ Karol Wojtyła nació en 1920. Tras haber sido Obispo auxiliar desde 1958 y Arzobispo de Cracovia desde 1962, fue elegido Papa a partir del 16 de octubre de 1978 hasta su muerte el 2 de abril de 2005, fue el último Papa que había sido Padre conciliar, siendo además el primer Papa polaco de la Historia y el primer no italiano desde 1523.

¹¹ JUAN PABLO II, “Alocución a los miembros de la Comisión Teológica Internacional”, *L'Osservatore Romano* 16 (1984) 21, (ed. castellana); sin querer pecar de suspicaz, creo que tiene alguna importante diferencia con la traducción publicada en *Ecclesia* 43 (1983) 1611-1612, pero he transcrito la anterior por considerarla más oficial.

Así pues según él, a fines de 1983 se estaba en ese crucial “siguiente intervalo de tiempo” o “segunda etapa”, en la que la doctrina conciliar se convierte en materia de estudio y en estímulo e invitación.¹²

Algunos autores señalan que en torno a este año termina la que podría llamarse fase de “observación” para dar paso a otra de “restauración”, en la que se da un clima fuertemente polarizado en el conflicto entre los partidarios de la “restauración” y los de la “resistencia”. Para ellos, los principales frentes de combate son la Teología de la Liberación, el nombramiento de Obispos conservadores a pesar de las protestas de las Iglesias locales, la negación de la autorización canónica para enseñar a teólogos/as muy cualificados, y la importancia extrema dada a la *Humanae vitae* (de Pablo VI, 25-VII-1968) interpretada rigurosamente.¹³

Por otra parte, el 25 de enero de 1985 este Papa convocó la II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos con el fin de valorar la “recepción” del Concilio Vaticano II, al cumplirse los 20 años de su clausura.¹⁴

En ella nada se negó de él, sin embargo se manifestó un deslizamiento, una relectura de ciertos puntos, al menos en su *Relación final*. Por ejemplo es claro que la mirada y, por tanto, la lectura son diferentes al centrarse en las “realidades del mundo”. Hacen de ellas una constatación no tan optimista como la de sus predecesores conciliares (cfr. II D,1; I,4; II A,1). Entiende más bien la misión de la Iglesia como una lucha con Cristo Jesús en la empresa siempre actual de la Cruz (cfr. II D,2). Así se comprende por qué al tratar de la promoción humana se ocupen más de la obligación de luchar contra las diversas alienaciones

¹² En este mismo año finalmente aparecerá el nuevo *Código de Derecho Canónico*; para un estudio de su recogida de las reformas eclesiológicas proyectadas en el Vaticano II, entre otros LEGRAND, H., “Cuarenta años después, ¿dónde están las reformas eclesiológicas proyectadas en el Vaticano II?”, *Concilium* 312 (2005) 509-525.

¹³ Cfr. HUG, J. – LPNGCHAMP, A., “Eglise: l'horizon s'assombrit”, *Chosir* 352 (1989) 5-11, brindando además un elenco de algunos hitos de este quinquenio restauracionista. Para ellos no se trata de escaramuzas locales sino de enfrentamientos de alcance universal; y lo que es peor, por ser intra-eclesiales son más difícilmente dominables.

¹⁴ Cfr. *Relación final* I,2, en *El Vaticano II, don de Dios. Los documentos del Sínodo extraordinario de 1985*, Madrid 1986; la citaré según la numeración interna del propio documento en esta edición. Fue redactada por el Relator cardenal G. Danneels, sometida a la votación de los Padres sinodales y publicada con el consentimiento del Papa. Además de este volumen, sobre este Sínodo trae abundante material al respecto *Concilium* 208 (1986) 317-491. Es de gran interés la respuesta al cuestionario preparatorio de la Conferencia Episcopal de Inglaterra; un comentario a todas ellas en MELLONI, A., “El posconcilio y las Conferencias Episcopales. Para las respuestas”, *Concilium* 208 (1986) 337-351.

que de la incitación vigorosa a colaborar con todos los hombres de buena voluntad, como hacía el Vaticano II. La llamada a la prudencia viene a velar la apertura propugnada.¹⁵

Es exacto que de ningún modo es un rechazo de lo que desarrolló el Concilio. Pero esta diferencia de acentos muestra que inconscientemente –o implícitamente– los Padres sinodales pensaban que, en la gran tarea de la Evangelización y a la que prestaron una atención muy grande, había llegado sin duda el momento de un necesario esfuerzo de diástole, que restableciera el corazón de las fuerzas vivas para que se renovasen. Es este movimiento el que explica que el documento vuelva constantemente a repetir la ardiente llamada evangélica a la necesaria interioridad (p.ej. cfr. II B, 1.2; II C, 1.3.7; II D, 3.4.5).

Pero también hay afirmaciones –auténticas “aperturas al futuro”– que manifiestan la voluntad firme de ir adelante superando los obstáculos en los que la vida eclesial corría el peligro de quedar bloqueada. Una de ellas es por ejemplo su confirmación de las Comunidades Eclesiales de Base (cfr. II C,6); otra es el largo párrafo que tiene como título “la opción preferencial por los pobres y la promoción humana” (cfr. II D,6). Pero, “el grupo lingüístico español no se detuvo ni en la teología de las comunidades de base ni en la opción preferencial por los pobres; además, en la discusión, las iglesias latinoamericanas se mostraron divididas en estos puntos”.¹⁶

Tres años después hubo dos pronunciamientos que quizá deberían haber sido hechos muchos años antes, si bien pueden espigarse la gran mayoría de sus aciertos y de sus limitaciones en otros anteriores documentos eclesiales. Son la *Mulieris dignitatem* (15-VIII-1988) y la *Christifideles laici* (30-XII-1988), que ejercieron un singular impulso en el proceso evangelizador de muchas Iglesias.¹⁷

En 1992 la IVª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo, destacó el protagonismo de los

¹⁵ Cfr. TILLARD, J.-M., “El 'Informe Final' del último Sínodo”, *Concilium* 208 (1986) 393-407, quien por una parte señala que su línea central sigue siendo la de la apertura realizada en el Concilio. Por otra, indica algunas de las relecturas –siempre sin que se niegue nada– que hace sobre las relaciones entre Iglesia y mundo, y la naturaleza misma de la Iglesia; también analiza ciertos párrafos que muestran un cuerpo episcopal que quiere desbloquear las tensiones.

¹⁶ TILLARD, J.-M., “El 'InformeFinal'...”, 404, n. 12.

¹⁷ El 8 de abril de 1988 Juan Pablo II dirigía una extensa carta al entonces cardenal Ratzinger, en la que entre otros aspectos brinda una influyente visión de los veinte años transcurridos desde la finalización del Concilio, cfr. JUAN PABLO II, “Carta al cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe”, *Ecclesia* 48 (1988) 582-583.

laicos y laicas, en especial de los jóvenes, en una Nueva Evangelización inculturada entre indígenas, afroamericanos, mestizos y en la moderna cultura urbana y de los medios de comunicación de masas, entrelazada con una promoción humana integral, a partir de una opción por los pobres evangélica y renovada al servicio de la Vida y de la Familia.

La Vª Conferencia, celebrada en Aparecida (2007), dentro del nuevo marco de una globalización excluyente y de la grave crisis medioambiental, reafirmó las grandes líneas del camino del Pueblo de Dios en América Latina y el Caribe, marcado por la sangre de tantos mártires, y proponía retomar las Comunidades Eclesiales de Base y del compromiso liberador. Convocó a todos los bautizados y bautizadas para que se convirtieran en discípulos-misioneros de Cristo, en un gran esfuerzo de evangelización y de promoción humana integral.

Para Beozzo

“desde el punto de vista eclesial, estas Conferencias representan un ejercicio más pleno y deliberativo de la colegialidad episcopal, con su propio magisterio, frente a la forma empequeñecida y apenas consultiva de los Sínodos de los Obispos.

La herencia del Concilio encontró su expresión más significativa y creativa en la lectura popular de la Biblia, una amplia apropiación comunitaria de la Palabra de Dios que alimentó el camino de las comunidades eclesiales de base y de las pastorales sociales a lo largo de estos años, con gran protagonismo de los laicos, de modo particular de las mujeres.

En un continente en el que la acción misionera vino entrelazada con la dominación política y la explotación económica, la imposición de la lengua, cultura y religión de los conquistadores, la propuesta conciliar de una Iglesia pueblo de Dios y de una liturgia atenta a las costumbres y culturas locales desembocó en un proceso a veces conflictivo de inculturación liberadora. De Tarahumara, en el norte de México, a los altos de Chiapas en el sur; de Guatemala a Ecuador, Bolivia y Perú y en toda la Amazonia, múltiples pueblos indígenas, en la estela de los debates de los 500 años de la llegada de los europeos (1492-1992), reivindicaron su propia identidad y abrieron un fecundo diálogo entre el evangelio y sus culturas ancestrales, rescatando sus raíces espirituales, valorando sus ritos y costumbres, elaborando una teología india y construyendo Iglesias con rostro propio. Se dio un movimiento semejante entre los afroamericanos en el esfuerzo por eliminar discriminaciones y racismos incluso dentro de las Iglesias; por recuperar y superar una historia marcada por casi cuatro siglos de régimen esclavista, celebrando a

partir de sus raíces, resistencias y luchas, y articulando una teología negra de liberación”.¹⁸

4. LA NUEVA EVANGELIZACIÓN (2012) SEGÚN BENEDICTO XVI¹⁹

El 7 de octubre de 2012 Benedicto XVI²⁰ inauguraba la XIII^a Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tuvo como tema *La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Había muchas esperanzas depositadas en ella, tanto por el tema a tratar como por el momento pues era el 50º aniversario del inicio del Vaticano II y el arranque del Año de la Fe.

La temática de este Sínodo respondía –fueron palabras del mismo Papa en su homilía en la Misa de su apertura²¹– a una orientación programática para la vida de la Iglesia, la de todos sus miembros, las familias, las comunidades, la de sus instituciones.

En esta misma homilía distinguió la Nueva Evangelización de la Evangelización ordinaria y de la misión *ad gentes*:

“La Iglesia existe para evangelizar. Fieles al mandato del Señor Jesucristo, sus discípulos fueron por el mundo entero para anunciar la Buena Noticia, fundando por todas partes las comunidades cristianas. Con el tiempo, estas han llegado a ser Iglesias bien organizadas con numerosos fieles.

¹⁸ BEOZZO, J.O., “Vaticano II: 50 años después en América Latina y el Caribe”, *Concilium* 346 (2012) 442-443.

¹⁹ Una panorámica de los dinamismos desencadenados hasta 2012 por el Vaticano II en las Iglesias de los diversos continentes (África, Norteamérica, América Latina y el Caribe, Asia, Europa), con miradas diversas –ora más atentas retrospectivamente a las primeras fases de la recepción, ora más proyectadas a las perspectivas y retos del presente– se presenta en las cinco contribuciones publicadas en *Concilium* 346 (2012) 421-462. Sin ninguna pretensión de exhaustividad, estas contribuciones no pretendían ofrecer una síntesis de una recepción planetaria del Vaticano II, sino solamente mostrar cómo el *aggiornamento* querido por el Papa Juan XXIII se ha concretado con posterioridad en la búsqueda de una renovada inculturación del Evangelio en las múltiples realidades y en los impulsos que ha generado en las diversas latitudes de la *ecúmene* católica: unos impulsos que a veces han ido más allá de los mismos logros conciliares y que en diversos casos han quedado como caminos interrumpidos que esperan su reanudación.

²⁰ Joseph Ratzinger nació en Alemania en 1927 y estuvo en el Concilio como teólogo asesor del cardenal Frings. El 24 de marzo de 1977 fue consagrado arzobispo de Múnich y Freising, y el 27 de junio Pablo VI lo nombró cardenal. El 25 de noviembre de 1981 Juan Pablo II lo nombró Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dimitiendo de arzobispo de Múnich a principios de 1982. Resultó elegido Papa el 19 de abril de 2005.

²¹ Cfr. BENEDICTO XVI, “Homilía Misa de apertura XIIIª Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos”, *Eccelesia* 72 (2012) 1505-1507.

En determinados periodos históricos, la divina Providencia ha suscitado un renovado dinamismo de la actividad evangelizadora de la Iglesia. Basta pensar en la Evangelización de los pueblos anglosajones y eslavos, o en la transmisión del Evangelio en el continente americano, y más tarde los distintos periodos misioneros en los pueblos de África, Asia y Oceanía [...] También en nuestro tiempo el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia un nuevo impulso para anunciar la Buena Noticia, un dinamismo espiritual y pastoral que ha encontrado su expresión más universal y su impulso más autorizado en el Concilio Ecuménico Vaticano II. Este renovado dinamismo de Evangelización produce un influjo beneficioso sobre las dos "ramas" específicas que se desarrollan a partir de ella, es decir, por una parte, la *missio ad gentes*, esto es el anuncio del Evangelio a aquellos que aun no conocen a Jesucristo y su mensaje de salvación; y, por otra parte, la *Nueva Evangelización*, orientada principalmente a las personas que, aun estando bautizadas, se han alejado de la Iglesia, y viven sin tener en cuenta la praxis cristiana. La Asamblea sinodal que hoy se abre está dedicada a esta Nueva Evangelización, para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor, el único que llena de significado profundo y de paz nuestra existencia; para favorecer el redescubrimiento de la fe, fuente de gracia que trae alegría y esperanza a la vida personal, familiar y social. Obviamente, esa orientación particular no debe disminuir el impulso misionero, en sentido propio, ni la actividad ordinaria de Evangelización en nuestras comunidades cristianas. En efecto, los tres aspectos de la única realidad de Evangelización se completan y fecundan mutuamente”.

Cuatro días después, a los cincuenta años de la apertura del Concilio Vaticano II, en la homilía de la celebración eucarística con motivo de la apertura del Año de la Fe,²² indicó que

“en estos decenios ha aumentado la "desertificación" espiritual. Si ya en tiempos del Concilio se podía saber, por algunas trágicas páginas de la historia, lo que podía significar una vida, un mundo sin Dios, ahora lamentablemente lo vemos cada día a nuestro alrededor. Se ha difundido el vacío. Pero precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es cómo podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y

²² Cfr. BENEDICTO XVI, “Homilía Misa de apertura del Año de la Fe”, *Ecclesia* 72 (2012) 1584-1585.

en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza. La fe vivida abre el corazón a la Gracia de Dios que libera del pesimismo. Hoy más que nunca evangelizar quiere decir dar testimonio de una vida nueva, trasformada por Dios, y así indicar el camino [...]. Así podemos representar este Año de la fe: como una peregrinación en los desiertos del mundo contemporáneo, llevando consigo solamente lo que es esencial: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas, como dice el Señor a los apóstoles al enviarlos a la misión, sino el Evangelio y la fe de la Iglesia, de los que el Concilio Ecu­ménico Vaticano II son una luminosa expresión, como lo es también el *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado hace veinte años [1992]”.

Pero a no ser las correspondientes homilias pontificias, poco es lo que se conoció sobre el desarrollo de este Sínodo, a no ser su *Mensaje Final al Pueblo de Dios*.²³ Texto que se supone dirigido a él y no tanto a los especialistas, ni siquiera a los pastores. Se extiende a través de unas un poco largas y tupidas páginas en catorce párrafos y tiene un *talante positivo nada plañidero*, objetivamente asentado sobre algunas certezas.

Tres claves asoman en este Mensaje, que se repiten como estribillo a lo largo del mismo. Por un lado, *la necesaria conversión de la Iglesia* y la urgente reforma interior, algo sobre lo que Benedicto XVI venía insistiendo. Por ello se dice que la Iglesia ha de ser la primera en recibir el anuncio del Evangelio, la primera en ser evangelizada. *No se puede salir a evangelizar sin ser evangelizado antes*. Un reto importante que ha de ir cuajando en las estructuras eclesiales, además, por supuesto, de en el corazón de cada cristiano.

La otra clave son las continuas referencias a *los pobres*, a la necesidad de cercanía a sus problemas y a la prioridad en la misión evangelizadora, conscientes de las dificultades para una Humanidad atravesada por grandes bolsas de pobreza.

Y la tercera clave que se advierte en todo el texto es un claro y valiente aliento. Se trata de *un mensaje que no cae en el catastrofismo* al que nos tienen acostumbrados algunos ministros de la Iglesia. Es *un documento lleno de esperanza*. Y en esto hay que reconocer el esfuerzo realizado, dado que en la Iglesia hay profundas razones para la esperanza.

²³ Cfr. XIIIª ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, “Mensaje Final al Pueblo de Dios”, *Ecclesia* 72 (2012) 1624-1631.

El papa Benedicto XVI el 28 de febrero de 2013 sorpresivamente renunció al pontificado.

5. EL PAPA FRANCISCO Y LA EVANGELIZACIÓN

Algunos pronunciamientos

A Benedicto XVI le sucedió el papa Francisco. Jorge Mario Bergoglio nació en 1936 en Argentina, quien con 21 años ingresó en el Seminario de Villa Devoto de su ciudad natal y entró en el Noviciado de la Compañía de Jesús. Después de dos años de noviciado, culminó sus estudios en el Juniorado jesuita de Santiago de Chile, donde hizo el curso de Ciencias Clásicas y profundizó sus estudios de historia, literatura, latín y griego. De 1964 a 1966 fue profesor en el Colegio de la Inmaculada de la ciudad argentina de Santa Fe y en el Colegio del Salvador de Buenos Aires. Entre 1967 y 1970 cursó estudios de Teología en la Facultad de Teología del Colegio Máximo de San José, en San Miguel (Provincia de Buenos Aires), recibiendo allí las enseñanzas del teólogo jesuita argentino Juan Carlos Scannone, así como de Lucio Gera, Rafael Tello y V.M. Fernández. Fue ordenado sacerdote el 13 de diciembre de 1969. El 31 de julio de 1973 fue nombrado Provincial de los jesuitas argentinos, cargo que ocupó hasta 1979. El 24 de marzo de 1976 comenzó una nueva dictadura militar en el país, que duraría hasta el 10 de diciembre de 1983, en el marco de la cual varios jesuitas fueron víctimas de secuestros, torturas y muerte, viviendo el padre Bergoglio momentos conflictivos internos y externos. Desde 1980 hasta 1986, fue Rector del Colegio Máximo de San Miguel y de las Facultades de Filosofía y Teología de esa casa de estudios, así como primer párroco de la parroquia del Patriarca San José, ubicada en un humilde barrio de esa misma localidad bonaerense. Su espiritualidad y carácter llamaron la atención del cardenal de Buenos Aires, Antonio Quarracino, y el 20 de mayo de 1992 Juan Pablo II designó a Bergoglio como uno de los cuatro Obispos auxiliares de la arquidiócesis. Luego de desempeñarse como Vicario General de Quarracino, el 3 de junio de 1997 fue designado arzobispo coadjutor de Buenos Aires con derecho a sucesión, por lo que ocupó el cargo tras la muerte de este en 1998. Juan Pablo II lo creó cardenal el 21 de febrero de 2001. Fue Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina durante dos períodos consecutivos (noviembre de

2005 hasta noviembre de 2011), siendo elegido Papa el 13 de marzo de 2013.

Es evidente que el papa Francisco fue formado en el primer postconcilio (1967-1970) y estando fuertemente atraído por el pensamiento y figura de Pablo VI (1963-1978), como muestran las diversas menciones a él.²⁴

Su primer pronunciamiento fue la *Lumen Fidei* (29-VI-2013), sobre la luz de la fe que la Tradición de la Iglesia señala como el gran don traído por Jesucristo.

En repetidas ocasiones se le había pedido a Benedicto XVI que escribiera una encíclica sobre la fe, concluyendo así la trilogía sobre las virtudes teologales que había iniciado con *Deus caritas est* sobre el amor, y *Spe salvi* sobre la esperanza. Parecería ser que no estaba muy convencido para realizar ese trabajo, aunque la insistencia hizo que la escribiese como conclusión del Año de la Fe, con la finalidad de “redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada”. Francisco asumió el trabajo realizado por su antecesor, quien ya tenía prácticamente terminada una primera redacción del documento cuando renunció, añadiendo al texto algunas aportaciones personales como por ejemplo la inmediatez de ciertas expresiones, la riqueza de las imágenes que usa como referencia, algunas citas de autores antiguos y modernos, etc.

En la *Evangelii gaudium* (24-XI-2013)²⁵ el papa Francisco responde a la petición de los Padres del ya mencionado Sínodo del año anterior. Afirmando significativamente que

“son innumerables los temas relacionados con la evangelización en el mundo actual que podrían desarrollarse aquí. Pero he renunciado a tratar detenidamente esas múltiples cuestiones que deben ser objeto de estudio y cuidadosa profundización. Tampoco creo que deba esperarse del magisterio papal una palabra definitiva o completa sobre todas las cuestiones que afectan a la Iglesia y al mundo. No es conveniente que el Papa reemplace a los episcopados locales en el discernimiento de todas las problemáticas que se plantean en sus territorios. En este sentido, percibo la necesidad de avanzar en una saludable "descentralización". Aquí he optado por proponer algunas líneas que puedan alentar y orientar en toda la Iglesia una nueva etapa evangelizadora, llena de fervor y dinamismo” (n. 16-17).

²⁴ FARIÑAS PÉREZ, A.L., “La teología del Papa Francisco”, *Teología Espiritual* 59 (2015) 57-75.

²⁵ La citaré según la versión castellana y edición de la Libreria Editrice Vaticana 2013.

Y así trata de la reforma de la Iglesia en salida misionera (cfr. n. 20-49), de algunos desafíos del mundo actual (cfr. n. 52-75), de las tentaciones de los agentes pastorales (cfr. n. 76-109), del anuncio del Evangelio como responsabilidad de todo el Pueblo de Dios (cfr. n. 111-134),²⁶ de la homilía y de la preparación de la predicación (cfr. n. 135-159), de la profundización del *kerigma* (cfr. n. 160-175), de la dimensión social de la Evangelización (cfr. n. 177-258), donde habla particularmente de la inclusión social de los pobres (cfr. n. 186-216), de ser evangelizadores con espíritu (cfr. n. 261-283), etc.

Además el Papa señala que “tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales” (n. 180). Y “cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumento de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo” (n. 187). También afirma que quiere “una Iglesia pobre para los pobres” (n. 198).

En su *Laudato si'* (24-V-2015)²⁷ presenta la situación actual de la “Casa común” de la Humanidad, con una iluminación de la reflexión teológica.²⁸

El Papa Francisco y el Concilio Vaticano II

El 11 de abril de 2015 firmó la *Misericordiae Vultus*, la bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia.²⁹

²⁶ Por ejemplo a los teólogos les dice: “La Iglesia, empeñada en la evangelización, aprecia y alienta el carisma de los teólogos y su esfuerzo por la investigación teológica, que promueve el diálogo con el mundo de las culturas y de las ciencias. Convoco a los teólogos a cumplir este servicio como parte de la misión salvífica de la Iglesia. Pero es necesario que, para tal propósito, lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia y también de la teología, y no se contenten con una teología de escritorio” (n. 133).

²⁷ El 21 de noviembre de 2014 en su Carta Apostólica a todos los consagrados, comunicaba que “he decidido convocar un Año de la Vida Consagrada haciéndome eco del sentir de muchos y de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, con motivo del 50 aniversario de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, que en el capítulo sexto trata de los religiosos, así como del Decreto *Perfectae caritatis* sobre la renovación de la vida religiosa. Dicho Año comenzará el próximo 30 de noviembre, primer Domingo de Adviento, y terminará con la fiesta de la Presentación del Señor, el 2 de febrero de 2016”. Pienso que esta ocasión ha sido obscurecida por acontecimientos y pronunciamientos posteriores.

²⁸ Entre otros, cfr. GELABERT BALLESTER, M., “A propósito de la Encíclica del Papa Francisco *Laudato si'*”, *Teología Espiritual* 59 (2015) 189-202.

²⁹ La cito según la versión castellana y edición del Arzobispado de Valencia-Vicaría de Evangelización 2015.

En su ya citado número 4 escribe:

“Los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de siempre. Un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe. La Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre.

Vuelven a la mente las palabras cargadas de significado que San Juan XXIII pronunció en la apertura del Concilio [el 11 de octubre de 1962] para indicar el camino a seguir: "En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad [...] La Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella". En el mismo horizonte se colocaba también el Beato Pablo VI quien, en la Conclusión del Concilio [el 7 de diciembre de 1965], se expresaba de esta manera: "Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad [...] La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio [...] Una corriente de afecto y admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige, no menos la caridad que la verdad, pero, para las personas, sólo invitación, respeto y amor. El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores, en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza: sus valores no sólo han sido respetados sino honrados, sostenidos sus incesantes esfuerzos, sus aspiraciones, purificadas y bendecidas [...] Otra cosa debemos destacar aún: toda esta riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades".

Con estos sentimientos de agradecimiento por cuanto la Iglesia ha recibido y de responsabilidad por la tarea que nos espera, atravesaremos la Puerta Santa, en la plena confianza de sabernos acompañados por la fuerza del Señor Resucitado que continua sosteniendo nuestra peregrinación” (n. 4).

En las postrimerías del Concilio, concretamente el 16 de noviembre de 1965, casi cuarenta obispos de dieciocho países³⁰ se reunieron en las

³⁰ Los firmantes del documento mantuvieron en reserva su identidad con el fin de evitar que el mismo fuera tomado como una presión indebida o un acto de soberbia con respecto a los demás participantes del Concilio. Con los años se ha ido conociendo los nombres de muchos, aunque

romanas Catacumbas de Santa Domitila para celebrar una Eucaristía y firmar un documento denominado el *Pacto de las Catacumbas*, texto en el que se comprometían a llevar una vida de pobreza y a trabajar para que la comunidad cristiana estuviera volcada en los más desfavorecidos.³¹ Al poner a los pobres en el centro de su pontificado, el papa Francisco ha recuperado el interés por aquel acuerdo, olvidado durante décadas por algunos.³²

El pasado 8 de diciembre en la homilía de la Misa de apertura de la Puerta Santa del señalado Jubileo dijo:

“Hoy, aquí en Roma y en todas las diócesis del mundo, cruzando la Puerta Santa, queremos recordar también otra puerta que los Padres del Concilio Vaticano II, hace cincuenta años, abrieron hacia el mundo. Esta fecha no puede ser recordada sólo por la riqueza de los documentos producidos, que hasta el día de hoy permiten verificar el gran progreso realizado en la fe. En primer lugar, sin embargo, el Concilio fue un encuentro. Un verdadero encuentro entre la Iglesia y los hombres de nuestro tiempo. Un encuentro marcado por el poder del Espíritu que empujaba a la Iglesia a salir de las aguas poco profundas que durante muchos años la habían recluido en sí misma, para reemprender con entusiasmo el camino misionero. Era un volver a tomar el camino para ir al encuentro de cada hombre allí donde vive: en su ciudad, en su casa, en el trabajo...; dondequiera que

existen pequeñas variantes según los testimonios. Entre ellos están: los argentinos Alberto Devoto (Goya), Vicente Faustino Zazpe (Rafaela), Juan José Iriarte (Reconquista), y Enrique Angelelli (Córdoba); y el español Rafael González Moralejo (Valencia). PIKAZA IBARRONDO, X. – ANTUNES DA SILVA, J. (ed.), *El Pacto de las Catacumbas. La misión de los pobres en la Iglesia*, Estella 2015, 23-25.

³¹ Texto reproducido en PIKAZA IBARRONDO, X. – ANTUNES DA SILVA, J. (ed.), *El Pacto de las Catacumbas...*, 20-23, volumen que brinda un estudio multidisciplinar del documento.

³² La Universidad Urbaniana de Roma, institución académica que forma parte de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, acogió el 14 de noviembre de 2015 un seminario para analizar la vigencia de aquel evento. Entre los ponentes, se encontraba el jesuita Jon Sobrino, profesor de la Universidad Centro Americana José Simeón Cañas, de El Salvador, y compañero de los mártires asesinados en ese centro en 1989. Para este teólogo, el *Pacto de las Catacumbas* fue una “expresión simbólica” de una tendencia que ya se estaba manifestando entre la jerarquía eclesial desde antes incluso del Vaticano II, la de construir una “Iglesia de los pobres”. “Aunque aquella idea no prosperó en el Aula sinodal, varios miembros de la Asamblea captaron que la comunidad eclesial tenía que seguir ese camino y se reunieron para redactar este texto, en el que no quieren dar la impresión de dar una lección a sus hermanos”. A su juicio, influyó en la IIª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín, 1968), que aprobó un documento que marcó el devenir de la Iglesia regional durante los años siguientes. “Entonces se vio que los obispos se tomaban en serio el clamor de los pobres”. Cfr. MENOR, D., “La Iglesia de los pobres sale de las catacumbas”, *Vida Nueva* 2965 (21-XI-2015) 34. Sobre la Iglesia de los pobres en el Concilio, BETTAZZI, L., “Iglesia de los pobres”, en PIKAZA IBARRONDO, X. – ANTUNES DA SILVA, J. (ed.), *El Pacto de las Catacumbas...*, 35-50.

haya una persona, allí está llamada la Iglesia a ir para llevar la alegría del Evangelio y llevar la misericordia y el perdón de Dios. Un impulso misionero, por lo tanto, que después de estas décadas seguimos retomando con la misma fuerza y el mismo entusiasmo. El jubileo nos estimula a esta apertura y nos obliga a no descuidar el espíritu surgido en el Vaticano II, el del Samaritano, como recordó el Beato Pablo VI en la conclusión del Concilio. Que al cruzar hoy la Puerta Santa nos comprometamos a hacer nuestra la misericordia del Buen Samaritano”.

6. LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA DE CARA AL FUTURO³³

No sé si pretendido o no, los cincuenta años transcurridos desde la clausura del Vaticano II efectivamente están siendo un nuevo periodo de la Historia de la Iglesia, como señala el papa Francisco. Pero ¿cómo “mantener vivo este evento”? ¿es posible?

Parecería ser que lo entiende como la exigencia de hablar de Dios a nuestros contemporáneos en un modo más comprensible, anunciar el Evangelio de un modo nuevo. “Una nueva etapa en la evangelización de siempre. Un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe. La Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre” (MV 4). Pero también a no descuidar el espíritu surgido en el Vaticano II: el del Samaritano, a hacer suya la misericordia del Buen Samaritano. Y es que, el papa Francisco viene insistiendo que en su misión evangelizadora la Iglesia deberá poner en el centro de su atención pastoral a los pobres, estando realmente al servicio de los más vulnerables y marginados de la sociedad. Y desde ellos tener en cuenta y afrontar los diversos desafíos en cada región, si bien son interdependientes.

La Iglesia europea, y en su todavía amplia zona de influencia, deberá aceptar el fin del Cristianismo europeocéntrico, la preocupación por el servicio de la justicia y la paz, el tema de la colegialidad episcopal y la participación, el servicio a la unidad de los cristianos, la corresponsabilidad de todo el Pueblo de Dios y acertar con la forma en que ha de

³³ Si bien todo trabajo casi siempre es una elaboración personal, en este apartado voy a expresar unas opiniones que corren por mi cuenta, pero que son fruto de mi experiencia eclesial y pastoral, y que por tanto son absolutamente discutibles, si bien muchas de ellas están inspiradas por teólogos tales como J.M^o. Laboa, A. Torres Queiruga, M. Maier, J.O. Beozzo entre otros. Por otra parte, las afirmaciones deberán reducirse a lo elemental, serán casi telegráficas, dejando fuera muchos matices y muchas cuestiones, por razón de la necesaria brevedad.

hacer el diálogo con la sociedad en temas como por ejemplo el de la moral sexual y la familia.

Pero también deberá afrontar problemas tales como la admisión al sacerdocio frente al creciente número de comunidades sin sacerdote, la remodelación del ministerio petrino, el estatus de las Conferencias Episcopales como instancia intermedia entre el Papa, la Curia Romana y los diferentes obispos, un nuevo equilibrio en la relación entre Iglesia universal e Iglesias locales, una nueva definición del papel de las mujeres en la Iglesia. Dada la estrecha relación existente entre la renovación de la liturgia y la renovación de la vida entera de la Iglesia deberá seguir buscando nuevas e inteligibles manifestaciones al respecto, sin olvidar nunca que un retroceso a la antigua liturgia podía resultar sintomático respecto del proceso de renovación de la Iglesia en su conjunto. Por otra parte, deberá evitar su clericalismo abrumador, en una Iglesia en la que el número de clérigos y religiosas disminuye estrepitosamente.

En cuanto a los nuevos desafíos a los que se deberán enfrentar en América Latina y el Caribe, algunos son antiguos, pero persisten como la colaboración de la Iglesia en la superación de la miseria y de la extrema desigualdad social, la carencia de tierras para los agricultores en el campo y de viviendas en las ciudades, de la falta de empleo para la juventud, la desigualdad en la atención sanitaria, la educación y la seguridad. Entre los nuevos desafíos a afrontar se pueden señalar los siguientes:

- a) el empeoramiento de la crisis medioambiental, con la deforestación acelerada de la selva amazónica y de otras zonas del continente; la desertización de regiones enteras, escasez creciente de agua dulce, contaminación de ríos, lagos y océanos, así como del aire y del suelo en las grandes ciudades, contaminación preocupante de los alimentos por el uso indiscriminado de productos tóxicos en la agricultura, de hormonas y antibióticos en la ganadería y en la avicultura, de conservantes y colorantes en los alimentos industrializados. La Iglesia ha colaborado en la toma de conciencia de esta crisis y debe seguir haciéndolo todavía con más fuerza.
- b) el pluralismo religioso que, hoy en día, radica en la proliferación de experiencias religiosas de toda índole, el refloramiento de cultos indígenas y afroamericanos, junto al hecho del gran número de personas que cambian de religión. Pluralismo particularmente visible en los cinturones populares de las grandes

aglomeraciones urbanas, en las ciudades dormitorio cercanas a las zonas industriales, en las favelas o viviendas pobres de los centros urbanos.

- c) el pentecostalización de amplios sectores del Catolicismo, sobre todo entre las clases medias y altas, en paralelo al crecimiento pentecostal en las diferentes confesiones cristianas latinoamericanas.
- d) las iglesias que han vivido un crecimiento más fulminante son las que se han apoyado de forma más directa en el uso masivo de los medios de comunicación social, en especial la radio, la televisión y ahora Internet, pero con poca base doctrinal y escaso compromiso social o político a partir de su fe.
- e) para un catolicismo que floreció en ambientes rurales y pequeñas ciudades, se impone ahora el ingente desafío de responder a las nuevas interrogantes y demandas del mundo urbano, así como de encontrar formas de inserción creativas y proféticas en las megaciudades, en un ambiente de franca competencia religiosa y de formas alternativas de vida, sin referencia alguna a lo trascendente.

Finalmente, dentro de las tareas de la reflexión teológica, que en ocasiones ilumina pero que en otras es iluminada por la praxis pastoral, no deberá nunca obviarse la autonomía del sujeto, de la Naturaleza y de lo social.

No tengo claro si para afrontar lo señalado será necesario un Concilio Vaticano III, pero sí que la misión evangelizadora de la Iglesia de cara al futuro creo que deberá tener muy en cuenta lo que acabo de señalar en este apartado. Estoy convencido de que no es posible solucionar los acuciantes problemas de la Iglesia si se retrocede respecto del Concilio Vaticano II. Por el contrario, tenemos que buscar juntos en la Iglesia caminos que vayan hacia el futuro y admitir con honestidad que se ha arriesgado muy poco en innovaciones.

El Concilio Vaticano II constituyó el acontecimiento eclesial más importante del siglo XX y uno de los fenómenos más significativos de esta Historia reciente por las repercusiones que tuvo en los campos de la cultura, la política y la sociedad en general. El “cuarto de hora de locura de Juan XXIII”, como calificaba un monseñor romano la decisión del Papa Roncalli de convocarlo, se convirtió en un verdadero huracán del Espíritu, capaz de derribar los muros que incomunicaban a la Iglesia con

el mundo moderno, tras un desfase de tres siglos. En la Historia de la Iglesia, se constata que la Evangelización decae cuando se limita al grupo de los católicos. Y que se dinamiza, se hace misionera, cuando se proyecta fuera de los “muros católicos” y penetra en “tierra extraña” a la fe. Pero claro, una cosa fueron y son los pronunciamientos teóricos y otra, a veces bastante diferente, su realización en la concreta pastoral.